

Arturo Torres Rioseco

Cuatro sonetos a Talca

(Especial para Atenea)



CIUDAD que de mi mente has descendido
para ser en mi cuerpo sangre y hueso,
en tu recuerdo voy atado y preso
con un mandato ardiente en el oído.

Como un amante joven voy rendido
esperando la gracia de tu beso;
y voy en el asombro del regreso
del mineral al árbol florecido.

Eres raíz y forma de mi canto,
eres la sal y el yodo de mi llanto,
eres mi mansedumbre y mi violencia.

En mis ojos hay mucho de tu brillo,
y en mi dedo te llevo como anillo
porque ya soy esencia de tu esencia.

Mi infancia fué la rosa y fué la espina,
la sombra de la noche y la luz pura,
hostia de amor y mala levadura,
acción heroica, envenenada inquina.

Mi infancia tuvo mucho de la harina,
polvo en el viento y en el pan blancura,
y así dejé en el viento mi locura,
y en el buen pan dejé la esencia fina.

Olor lejano a malva y a resedá,
encantada visión de una alameda
entre campanas y en azul dormida.

Visión lejana, triste y vaporosa
que se va deshojando como rosa
a través del camino de la vida.

Talca te llamas, y tu voz es pura,
pura como las aguas de tu río,
y es tu nombre también el desafío
que lanza el trueno de su cueva oscura.

De su cueva de leones y pavura
donde en piedra de siglos mora el frío,
y la luna está muerta en el vacío
como en una infinita sepultura.

Talca te llamas, y tu nombre evoca
la visión del clavel sobre la roca,
la figura del hacha y del laurel.

Yo llevo como símbolo profundo
en mi peregrinaje por el mundo
la geometría de tu nombre fiel.

Vengo otra vez a verte y a tocarte
tierra de mis mayores, tierra mía;
vengo con una loca algarabía
de campanas y pájaros a hablarte.

Vengo a vivir en ti por toda parte,
vengo a gozar en ti toda alegría,
vengo a soñar con una melodía
aprendida sin fórmula y sin arte.

Vengo con la emoción del peregrino
que causado del tedio del camino
te ofrenda la amargura de su viaje.

Háblame suavemente, tierra amada,
porque la muerte viene acurrucada
en un frío rincón de mi equipaje.